

Niños/as que no quieren revelar el abuso¹

Kathleen Coulborn Faller

Aunque hay suficiente cantidad de investigación que indica que muchos niños/as² no revelan que fueron sexualmente abusados, desde la investigación y la práctica hay poca orientación acerca de cómo abordar este problema. Más aún, como se señala en el capítulo 7, que describe las estructuras, protocolos y lineamientos de entrevista, la mayor parte de las técnicas de entrevista están basadas en la premisa de que los entrevistadores deben evitar estrategias que puedan producir acusaciones falsas. Por lo tanto, estos protocolos requieren que los entrevistadores descansen mucho sobre las preguntas abiertas-cerradas y eviten las preguntas directas y sugestivas. Estas son las expectativas para los profesionales, que por lo común son extraños para los chicos que entrevistan, en un contexto en el que los niños pueden tener relaciones muy estrechas con los ofensores, quienes están embarcados en una serie de estrategias para evitar que los niños revelen el abuso sexual. Los protocolos que están estructurados para proteger contra las acusaciones positivas falsas pueden fomentar las acusaciones negativas falsas.

Este capítulo cubre la investigación que puede informar a los profesionales sobre el alcance de los fracasos en la revelación, los correlatos del fracaso para reportar el abuso sexual, los hallazgos de la investigación que sugieren que la revelación es un proceso que puede incluir la negación inicial y la retractación, y estrategias de entrevista para ser utilizadas con niños que son reticentes a la revelación.

INVESTIGACION SOBRE FRACASOS EN LA REVELACIÓN

¿Cómo pueden los profesionales determinar si las negativas falsas o la no revelación del abuso sexual son problemas serios? Hay varios corpus de investigación que abordan esta cuestión. Incluyen estudios de de adultos que informan haber sido abusados cuando niños, estudios de casos de niños con elevado grado de certeza, y estudios equivalentes.

Estudios de adultos que informan haber sido abusados cuando niños.

Los estudios de adultos que describen una historia de abuso sexual infantil incluyen grandes estudios generales poblacionales y muestras más pequeñas, pero todos preguntan a los encuestados si contaron sobre su abuso sexual durante la niñez. Los índices de no revelación para las mujeres que informan abuso sexual durante la infancia varían de un 33% a un 92% (Bagley y Ramsey, 1986; Finkelhor, Hotaling, Lewis, y Smith, 1990; Lyon, 2002c; Palmer, Brown, Rae-Grant, Loughlin, 1999; Russell, 1986; Ruwwell Bolen, 2000; Smith et al., 2000; Ullman, 2003). Del mismo modo, para los hombres, los índices de no revelación varían de un 42% a un 88% (Finkelhor, 1979; Finkelhor et al., 1990; Johnson y Shrier, 1985; Lyon 2002c). Más recientemente, London, Bruck, Ceci y Schuman (2005) revisaron 11 estudios de adultos que utilizaron metodologías varias. Estos investigadores determinaron que la mayoría de los/as adultos/as víctimas no revelaron su abuso sexual durante la niñez. Excluyen un estudio de jóvenes de 18 años de edad, que utiliza una definición muy amplia de abuso sexual (Fergusson, Horwood, & Woodward, 2000), en el que el índice de revelación es del 31%. Cuatro de los estudios revisados en London et al. (2005) reportaron que los índices de informe oficial (a las fuerzas de seguridad o a los servicios de protección infantil), promediaron el 13%.

Estos hallazgos sugieren que la no revelación del abuso sexual es un problema muy serio, característico de más de la mitad de las víctimas. Además, sólo una pequeña minoría de los casos parece llegar a la atención de los profesionales. Estos estudios reflejan los recuerdos y la conducta

¹ Traducción de Susana Tesone

² En lo sucesivo se utilizará el genérico masculino para referirse a niños y niñas (N. de la T.)

de las víctimas de por lo menos una generación atrás; mientras tanto, el conocimiento público y profesional sobre el abuso sexual infantil ha avanzado. Sin embargo, no hay evidencia de que haya cambiado la capacidad de los ofensores para controlar las respuestas de sus víctimas. Además, las penalidades por abuso sexual pueden ser mayores, lo cual daría cabida a una mayor presión de los ofensores para no contar.

La revelación de abuso sexual en casos con elevado grado de certeza.

Aunque London et al. (2005) concluyen que en el pasado prevalecían los fracasos en la revelación, argumentan que los tiempos han cambiado; ahora los profesionales preguntan a los niños sobre el abuso sexual y éstos hablan. Plantean que, en las muestras actuales, la mayoría de los niños que no revelan no han sido abusados sexualmente. Una estrategia útil para testear sus argumentos es revisar los estudios de casos de certeza elevada (certeza elevada porque hubo una confesión del ofensor, evidencias médicas convincentes, condena criminal, o evidencia audiovisual).

Hay un modesto pero creciente número de estudios que caen en la categoría de certeza elevada. Estos estudios revelan fracasos en la revelación, revelaciones parciales, o la revelación como un proceso, al menos para algunos niños (e.g., Bidrose y Goodman, 2000; Faller, 1988b; Lawson y Chaffin, 1992; Lyon, en prensa; T. Sorenson y Snow, 1991; Terry, 1991). Además, existen estudios de revelaciones de los niños y de fracasos en las revelaciones, que incluyen un subgrupo de casos de certeza elevada (evidencia médica clara, confesión del ofensor, y/o evidencia audiovisual) (Dubowitz, Black, y Harrington, 1992; Elliott y Briere, 1994; S. Gordon y Jaudes, 1996). Ambos cuerpos de investigación documentan que un número substancial de niños sexualmente abusados no revelan el abuso sexual, aún cuando son entrevistados por profesionales.

Estudios de evidencias médicas

Los estudios que se apoyan en evidencia médica incluyen un estudio pionero de Lawson y Chaffin (1992). Ellos revisaron 800 casos de niños afectados por enfermedades de transmisión sexual (ETS) tratados en una clínica como pacientes externos. Lawson y Chaffin seleccionaron una muestra de 28 niños que no estaban sospechados de haber sido abusados sexualmente pero que se descubrió que eran ETS (enfermedades de transmisión sexual) positivos. Los niños que dieron ETS positivo fueron llevados de vuelta a la clínica para una entrevista por un profesional capacitado en la evaluación de abuso sexual infantil. Poco menos de la mitad (43%) de los niños revelaron abuso sexual en esta entrevista, siendo el padre protector la influencia probable de la revelación.

Muram y colegas (Muram, 1989; Muram, Speck y Gold, 1991), informan resultados similares a los de Lawson y Chaffin (1992) de una muestra de niños que presentaban hallazgos médicos consistentes con abuso sexual. Casi la mitad no había revelado abuso sexual.

Más recientemente, Lyon (en prensa) revisó 21 estudios que incluyen niños con gonorrea, que abarcan un lapso de tiempo entre 1965/1993, en total 579 niños. De estos niños, 250 (43%) proveyeron algún tipo de revelación. Cuando se excluyeron los casos que incluyen niños menores de 3 años (y por lo tanto poco probables de brindar un registro verbal) y los estudios en los que la edad de los niños no pudo ser determinada, el índice de revelación de los 16 estudios restantes fue del 42% (185 de 437). La importantísima revisión de Lyon de la bibliografía sobre niños con gonorrea brinda un soporte fundamental a las preocupaciones profesionales sobre los niños que no revelan.

Investigación sobre evidencia audiovisual

Están apareciendo estudios de modos de revelación en casos que incluyen fotos, audiotapes, y/o videotapes. Bidrose y Goodman (2000) se apoyan en audiotapes y fotografías de un caso que involucra a cuatro víctimas femeninas y a 8 ofensores masculinos. La revisión de los tapes y fotografías apoyaron 318 actos sexuales y relacionados que involucraron a estas niñas, 194 (61%) de los cuales habían sido alegados por una o más de las víctimas. También hubieron 52 (21%) actos adicionales descritos por las víctimas de los que no se encontró evidencia de audio o fotográfica. La mayoría de éstos fueron coercitivos, no actos sexuales. Que algunos de estos actos no haya sido registrado en un audio o en fotografías no significa que no hayan ocurrido.

Sjoberg y Lindblad (2002) compararon videotapes hechos por un ofensor de su abuso sexual con videotapes de entrevistas de la policía con 10 víctimas, nueve niños y una niña. Este abuso ocurrió durante un período de 8 años. Ningún niño reveló el abuso sexual antes de la entrevista policial, y cinco lo negaron cuando fueron entrevistados por la policía. Ningún niño reveló algún acto sexualmente abusivo que no estuviera en el videotape. La totalidad de los niños que sí reportaron abuso sexual a la policía revelaron 102 incidentes de abuso sexual, pero había un marcado patrón de minimización de la victimización.

Estos dos estudios sugieren que muchos niños no revelan o no dicen todo acerca de su abuso sexual cuando son interrogados por profesionales.

Estudios de confesión de los ofensores.

La confesión del ofensor no es totalmente independiente de la revelación del niño, pero, no obstante, es un indicador de abuso de alta certeza. Faller (1988b) estudió las entrevistas de 103 niños cuyos ofensores confesaron. Solamente alrededor del 80% de los niños hizo revelaciones del abuso sexual, siendo significativamente menor la probabilidad de hablar en los niños más pequeños y en los varones. Terry (1991) entrevistó a 18 niños que habían sido sexualmente abusados por un solo ofensor en un centro de cuidados diurno. El ofensor confesó, pero los niños revelaron solamente el 80% de las actividades que él describió.

T. Sorenson y Snow (1991) complementaron la confesión del ofensor (80%) con la condena en un caso criminal (14%) y evidencia médica convincente (6%), en su estudio de 116 casos de niños derivados a servicios de salud mental por posible abuso sexual. Estos casos fueron elegidos de una muestra de 630, 80% de los cuales fueron vistos en las clínicas públicas de salud mental y el 20% en los consultorios privados de los autores. Los autores no informan cuántos de los 116 casos provenían de sus prácticas privadas. Ellos reportan que el 72% de los niños no reveló inicialmente el abuso sexual, pero que, a lo largo del tiempo, lo hizo el 96%.

Su estudio ha sido cuestionado. Sus críticos hacen planteos referidos a que si estos niños fueron realmente abusados sexualmente, se implicaría que se utilizaron preguntas inductoras/suggerentes con niños no abusados que condujeron eventualmente a una falsa acusación (London et al., 2005; Poole y Lamb, 1998). Es absolutamente cierto que T. Sorenson y Snow (1991) no documentan los métodos para obtener la información de los niños, pero los criterios para la inclusión en el estudio (confesión, evidencia médica convincente, o condena criminal) sugerirían que la mayor parte de los niños fue abusada. Además, London et al. (2005) cuestionan cómo fueron seleccionados los 116 casos de los 630, pero los criterios de selección están incluidos en el artículo de Sorenson y Snow. Además, London y sus colegas opinan que algunos de los niños no fueron abusados porque presumen que algunos casos incluyeron acusaciones de abuso ritual y creen que los reportes de abuso ritual, por definición, son falsos.³ London y sus colegas basan su suposición de que en la muestra hubieron casos de abuso ritual en el hecho de que Sorenson y Snow habían escrito antes un artículo sobre abuso ritual (Snow y Sorenson, 1990). T. Sorenson y Snow (1991) no indican si se incluyeron o no casos de abuso ritual en los 116 casos de elevada certeza.

Los hallazgos en los casos corroborados por la confesión del ofensor indican un índice más alto de revelación que aquellos encontrados en los estudios de evidencia médica y corroboración audiovisual. Estas diferencias pueden estar relacionadas a una interdependencia mayor entre la revelación y la confesión que entre la revelación y la evidencia médica o audiovisual. Es decir, es más probable que los ofensores confiesen cuando los niños revelan que cuando éstos no lo hacen, y la policía puede interrogar a los sospechosos más vigorosamente. Cuando los ofensores confiesan, los niños pueden sentirse libres para revelar, y los entrevistadores de los niños pueden persistir en tratar de obtener una revelación. Alternativamente, los procesos de entrevista (más de

³ "Abuso ritual" es un término empleado para un espectro de casos de maltrato muy serios, que usualmente incluyen abuso sexual, físico y psicológico, en el contexto de algún tipo de ritual. Aunque el abuso ritual es una forma de abuso muy controversial (Faller, 2003), los estudios profesionales de maltrato infantil indican que alrededor del 10% de los profesionales han encontrado casos de abuso ritual (Goodman, Bottoms, Qin, y Shaver, 1994).

una sola entrevista) en estos tres estudios pueden haber aumentado la probabilidad de la revelación. No obstante, en los estudios de confesión de ofensores, la no revelación constituye un problema importante.

Estudios equivalentes (o de correspondencia)

El cuerpo final de la investigación que indica que las no revelaciones deberían constituir una preocupación para los entrevistadores, consiste en los estudios equivalentes. Como se señaló en el capítulo 9 sobre los medios de comunicación, alguna investigación equivalente indica que los niños pueden evitar admitir el tocamiento de sus partes íntimas. Además, la investigación equivalente sugiere que los niños pueden ser persuadidos por los ‘perpetradores’ para no contar sobre los actos malos.

Estudios sobre tocamiento de las partes íntimas

Los estudios equivalentes que documentan la resistencia de los niños a describir el tocamiento de las partes privadas/íntimas incluye exámenes médicos. Saywitz, Goodman, Nicholas y Moan (1991) hicieron preguntas a 72 niñas de entre 5 y 7 años, la mitad de las cuales había sido examinada en sus partes íntimas como parte de un chequeo médico, y la mitad fue examinada por escoliosis. Bajo las condiciones de recuerdo libre del interrogatorio, todas las niñas que fueron examinadas por escoliosis lo mencionaron, pero de aquellas que fueron examinadas en sus partes íntimas, el 78% no mencionó el tocamiento genital y el 89% no mencionó tocamiento anal. Las niñas que habían sido examinadas en sus partes íntimas requirieron preguntas directas (“¿El doctor te tocó aquí?”) utilizando muñecos anatómicos para revelar estos tocamientos. Cuando se empleó el método de preguntas directas el 89% mencionó el tocamiento genital y el 69% tocamiento anal. Las mismas preguntas se hicieron a las niñas que fueron examinadas por escoliosis, dando como resultado tres positivas falsas, es decir, niñas que afirmaron falsamente tocamiento de sus partes privadas cuando el entrevistador señaló las partes privadas de los muñecos. Sin embargo, solamente una niña brindó detalles.

Hallazgos comparables fueron reportados por Steward et al. (1996). Su estudio incluyó 130 niños, de entre 3 y 6 años, niñas y niños, que recibieron en promedio casi 14 tipos de tocamiento durante una visita médica externa. Alrededor de una cuarta parte de los niños fueron vistos por el equipo de protección infantil de la clínica. Los informes de los 130 niños durante el recuerdo libre fueron muy precisos, 90-97% (siendo este último número el índice de precisión para los de 3 años). Sin embargo los niños reportaron solamente una pequeña proporción de los tocamientos que experimentaron, 17% (de 3 años de edad) a 37% (6 años de edad). Se informaron hallazgos similares para tocamiento de partes íntimas durante el examen médico. Por ejemplo, solamente una cuarta parte de los niños que recibieron tocamiento genital lo informaron. Ningún niño que no experimentó tocamiento genital lo reportó, cuando se le preguntó por sí o por no. Solamente un 6% de los niños que recibieron tocamiento anal lo reportó cuando se le hizo una pregunta directa, y no hubieron positivos falsos.

Como se señaló en el capítulo 9, Steward et al, (1996) emplearon entrevistas ‘ampliadas’ (preguntando con muñecos anatómicos, dibujos anatómicos, o con programas de computadora). Con las ampliaciones, alrededor de las dos terceras partes de los niños reportaron tocamiento genital y alrededor de una tercera parte tocamiento anal y de las nalgas. Del mismo modo que en el estudio de Saywitz et al. (1991), las entrevistas ampliadas produjeron un pequeño número de positivos falsos.

El estudio de Steward et al. (1996) es uno de los pocos que evalúan los recuerdos de los niños a lo largo del tiempo. Entrevistaron a los niños un mes y 6 meses después de la visita a la clínica. Mientras tanto, muchos niños experimentaron otras visitas médicas, tanto externados como internados. El recuerdo disminuyó a lo largo del tiempo en los niños estudiados que eran externos.

Bruck y sus colegas (Bruck, Ceci, y Francoeur, 2000; Bruck, Ceci, Francoeur y Renick, 1995) – en sus estudios que incluyeron niños de entre 3 y 4 años de edad que fueron examinados médicamente -,

enfataron los positivos falsos que elucidaron utilizando preguntas no directivas (esto se discute con más detalle en el capítulo 8). Estos investigadores también obtuvieron una alta proporción de negativos falsos to commands para demostrar con muñecos anatómicos o sobre los cuerpos de niños, preguntas directas, y preguntas directivas (alrededor del 50% bajo las tres condiciones del interrogatorio – demostraciones en muñecos, en el propio cuerpo, y preguntas) (¿)

Hallazgos equivalentes de mantenimiento del secreto

Los estudios equivalentes demostraron que los niños que fueron advertidos de no contar sobre los actos malos de un adulto con frecuencia protegían al adulto. Estas advertencias fueron efectivas cuando el adulto era un extraño o un padre (Bottoms, Goodman, Schwartz-Kennedy, Sachsenmeier, y Thomas, 1990): Clarke-Stuart, Thompson, y Lepore, 1989; Dunkerley y Dalenberg, 2000; Goodman y Clarke-Stewart, 1991; Peters, 1991; Tye, Amato, Honts, Devitt, y Peters, 1999; Wilson y Pipe, 1994, 1998).

Es muy ilustrativo un estudio de interrogatorio de niños de entre 5 y 6 años hecho por Clarke-Stewart et al. (1989). Los niños observaban en forma individual a Chester, el conserje, que se suponía que estaba limpiando los juguetes en un aula. La conducta de Chester con los juguetes era ambigua, pero sus afirmaciones indicaban que esta limpiándolos o jugando con ellos. Bajo una de las condiciones - sus afirmaciones indicaban que estaba jugando -, pidió al niño que no contara que estaba jugando, y le dio un caramelo. Más del 60% de los niños bajo esta condición no hizo comentarios o dijo que Chester estaba limpiando los juguetes, no jugando con ellos, cuando el 'jefe de Chester' les preguntó.

En el capítulo 12 se discute, en parte, el estudio equivalente de Dunkerley y Dalenberg (2000). Estos investigadores estudiaron el impacto de la raza en la revelación de los niños de las conductas buenas (darle una caja de caramelos) y malas (tomar una cartera) de un adulto, cuando eran advertidos de no contar. Hallaron que los niños estaban menos dispuestos a hablar cuando el entrevistador, que preguntaba de dónde provenían los caramelos o dónde estaba la cartera, era de una raza diferente a la del niño. Estos hallazgos estaban más marcados para los niños afro-americanos y en los niños que estaban ubicados en un grado de alto riesgo de abuso sexual.

Wilson y Pipe (1994, 1998) trabajaron con niños de 6 y 10 años que participaban u observaban interacciones con un mago. Durante uno de los trucos de magia, el mago 'accidentalmente' derramaba tinta sobre uno de los guantes blancos mágicos del niño. El mago sacaba rápidamente los guantes y los escondía, advirtiéndole al niño que no dijera nada, que este era su secreto. Los niños fueron entrevistados dos veces. En su primera entrevista, solamente el 25% de los niños de 6 años reportaron el 'accidente' durante el cuestionario de recuerdo libre acerca de la interacción con el mago, y el 60% admitió el 'accidente' cuando se le preguntó en forma directa. Fue bastante más probable para los chicos de 10 años reportar el 'accidente' en recuerdo libre (66%) y cuando se les preguntó directamente (84%). Aunque una edad mayor mostró una obediencia menor al mago, en una proporción sustancial tanto lo grandes como los más pequeños mantuvieron el secreto del mago.

Dado que los niños no sólo por lo general conocen a sus abusadores sino que con frecuencia son preparados y manipulados por ellos, es razonable anticipar que las advertencias de los abusadores para no contar serán mucho más efectivas que aquellas que en los estudios equivalentes involucran a alguien con quien el niño nunca antes se encontró. Algunos estudios equivalentes apoyan esta conclusión.

En una serie de experimentos, Tye et al. (1999) compararon los grados de revelación del robo de un libro hecho por un extraño (un asistente de investigación) versus un otro significativo, en niños de entre 6 y 10 años. El 81% de los niños que habían sido testigos del robo cometido por el extraño revelaron confiadamente el robo cuando se les preguntó. En contraste, el 56% de los niños que habían sido testigos del robo cometido por su otro significativo, cuando se les preguntó implicaron injustamente/incorrectamente al extraño.

Bottoms et al. (1990; también citado en Lyon, 2002c) informaron de la misma manera en un estudio equivalente llevado a cabo con 49 niños de entre 3 y 6 años y sus madres. Bajo una de las condiciones, se les decía específicamente a las madres y sus hijos que no jugaran con los juguetes. Pero lo hacían, y, durante el juego, la madre rompía 'accidentalmente' la cabeza de una Barbie. Las madres pedían a sus hijos que mantengan en secreto la rotura. Cuando se les preguntó específicamente, solamente un niño traicionó a su madre y contó lo sucedido. Todos los niños de 5 años se negaron a implicar a sus madres, aún cuando se les hizo una pregunta directa.

Estos estudios con otros significativos y madres demuestran la disposición de los niños a proteger a las personas cercanas a ellos. Sin embargo, ninguno de estos estudios implica manipulaciones prolongadas para asegurar una promesa de secreto o cualquier tipo de consecuencias negativas para los niños, en caso de que de que contaran acerca del transgresor. Sin embargo, ofrecen un soporte adicional a la proposición/argumento de que muchos niños, sexualmente victimizados por individuos cercanos a ellos, no informarán sobre su abuso cuando se les pregunte.

PREDICTORES DE REPORTAR Y DE NO REPORTAR

La bibliografía sugiere que ciertas características de caso hacen más o menos probable el informar/reportar o no el abuso sexual. La severidad del abuso sexual (Arata, 1998; Paine y Hansen, 2002), una relación víctima-ofensor estrecha (Arata, 1998; Cantlon, Payne y Erbaugh, 1996); Gries, Goh y Cavanaugh, 1996; Hershkowitz, Horowitz, y Lamb, 2005; Paine y Hansen, 2002), la corta edad de la víctima (Cantlon et al., 1996; DiPietro, Runyon y Fredrickson, 1997; Hershkowitz et al., 2005; Keary y Fitzpatrick, 1994; Lyon, 2002c; Paine y Hansen, 2002), ser una víctima femenina (Faller, 1988b; Hershkowitz et al., 2005; Paine y Hansen, 2002), y tener un cuidador no protector (Bolen y Lamb, 2002; Lawson y Chaffin, 1992) son características que pueden disminuir la probabilidad de reportar el abuso sexual. Los hallazgos más consistentes se relacionan con haber reportado la victimización previamente, haber sido abusado por alguien cercano, y tener o no tener un cuidador protector.

La revelación previa predice la revelación actual

La investigación indica que el mejor predictor del hablar sobre el abuso sexual durante una entrevista forense o investigativa es la revelación previa a alguien, sea un profesional o alguien cercano al niño (De Voe y Faller, 1999; DiPietro et al., 1996; Keary y Fitzpatrick, 1994; Olafson y Lederman, 2006). Por tanto, será menos probable que durante una entrevista formal se produzca un relato de abuso sexual en los casos en que la preocupación por la victimización sexual no se deriva de que el niño haya hablado.

La proximidad de la relación perpetrador-niño hace más probable la no revelación

La investigación sugiere que cuanto más estrecha sea la relación entre el niño y el abusador, es menos probable que el niño cuente (Berliner y Conte, 1995; Faller, 1990^a; Goodman-Brown, Edelstein, Goodman, Jones y Gordon, 2003; Hershkowitz, Horowitz y Lamb, 2005; Lyon, en prensa; Olafson y Lederman, 2006; Paine y Hansen, 2002). Es especialmente difícil para los niños denunciar a un cuidador. En un estudio que utilizó un set de data nacional de 26.408 casos de abuso sexual y físico entrevistados por investigadores de juventud israelíes, Hershkowitz et al. (2005) halló que alrededor de las dos terceras partes de las denuncias involucraban a figuras parentales. Sin embargo, las entrevistas de los jóvenes investigadores dieron como resultado un número desproporcionalmente bajo de revelaciones referidas a figuras parentales ofensoras. Respecto de las revelaciones de abuso sexual ($n= 7.812$), el 8% incluyó figuras parentales, mientras que el 92% incluyó figuras no parentales. Hershkowitz y sus colegas examinaron entonces un subgrupo de los casos de no revelación ($n= 373$), en los cuales los investigadores pensaban que el niño había sido abusado, porque hubo un testigo del abuso o una revelación previa creíble hecha por el niño a una parte desinteresada. Los padres o las figuras parentales eran los presuntos ofensores en el 85,5% de los casos de abuso sexual no revelados.

Apoyo del cuidador y revelación del abuso

Otra factor importante que predice la revelación es si el niño tiene o no un cuidador protector/comprensivo. Los cuidadores son menos protectores cuando existe una relación estrecha entre ellos y el presunto ofensor, situaciones de violencia doméstica, de abuso de sustancias del cuidador, y una historia de negligencia infantil en el cuidador (Olafson y Lederman, 2006; Paine y Hansen, 2002). Como se señaló antes, en el estudio de Lawson y Chaffin (1992) de niños con ETS, el único predictor de descripción del abuso sexual en la entrevista hospitalaria era tener un cuidador protector. De los 12 niños que revelaron haber sido abusados sexualmente cuando los entrevistaron, 10 tenían cuidadores protectores/comprensivos.

En el análisis que Hershkowitz et al (2005) hace de la data del investigador de la juventud israelí se halló un soporte indirecto para este predictor. En los casos de un abusador no parental los niños tenían probablemente cuidadores protectores y por lo tanto, aumentaron las probabilidades de la denuncia.

La documentación que revela es un proceso

En 1983 Roland Summit publicó un artículo fundamental titulado “El síndrome de acomodación del abuso sexual infantil”, que describía el proceso de revelación del abuso sexual de un niño – caracterizado por mantener inicialmente el secreto, sentirse impotente y atrapado, demorar la revelación, brindar un relato no convincente del abuso, y con frecuencia retractarse subsecuentemente de la acusación (ver también Olafson, 2002). El proceso descrito por Summit se basó en su experiencia clínica y como consultante. Debido a que esta descripción clínica fue consistente con la experiencia de los practicantes, fue ampliamente aceptada y empleada en muchos campos para explicar el comportamiento infantil. Sin embargo, la evidencia del síndrome de acomodación del abuso sexual infantil no prueba que el niño ha sido sexualmente abusado. Sólo explica las reacciones de los niños a la victimización sexual (Conte, 2002; Lyon, 2002c; Olafson y Lederman, 2006; Summit, 1992). No obstante, la investigación en los casos de sospecha de abuso sexual apoya un buen número de estas características(e.g., Lyon, 2002c).

El más claro soporte de investigación para el síndrome de acomodación del abuso sexual infantil se deriva de un estudio de T. Sorenson y Snow (1991) citado más arriba. Estos investigadores documentaron el proceso de revelación a través de varias sesiones de tratamiento en una clínica de salud mental. Sorenson y Snow categorizan la conducta de los niños como negación inicial, luego tentativa de revelación, seguida de una revelación completa, siguiente retractación, y finalmente reafirmación del abuso sexual. Ellos señalan que en esta población solamente alrededor de una cuarta parte de los niños intentó contar; para el resto la revelación fue accidental. Cuando fueron entrevistados, casi las tres cuartas partes de los niños negó inicialmente el abuso sexual, pero el 96% hizo una revelación del abuso a lo largo de varias sesiones. De aquellos que hicieron una denuncia, el 22% se retractó de su revelación inicial, pero todos ellos reafirmaron el abuso sexual.

Hay estudios adicionales de casos actuales que documentan demoras en reportar el abuso sexual y la retractación siguiente a la revelación. Esta investigación apunta a los archivos de caso actuales y a los estudios de seguimiento.

Demora en denunciar

Varios estudios de caso que llegan a la atención profesional documentan que una proporción sustancial de las víctimas no denuncian inicialmente su victimización sexual (e.g., Elliott y Briere, 1994; Olafson y Lederman, 2006; Sauzier, 1989). Elliott y Briere (1994) estudiaron 336 niños de entre 8 y 15 años de edad que recibieron evaluaciones forenses en el Harbor-UCLA’s Sexual Abuse Crisis Center. Uno de sus hallazgos fue que el 75% de los niños no había revelado su victimización sexual dentro del año posterior a su ocurrencia.

Del mismo modo, Sauzier (1989), quien recolectó información de un programa pionero de intervención y evaluación con niños abusados sexualmente llevado a cabo en el Tufts New England Medical Center, halló que de los 156 niños vistos en el programa, el 17% demoró en denunciar más de un año. El 39% no lo contó a nadie hasta que fueron realmente evaluados en el programa

de intervención. Por otra parte, el 24% de los niños denunció el abuso sexual dentro de la semana en que ocurrió.

Los estudios de seguimiento de los niños a partir de la revelación y el litigio también apoyan la observación de que una gran proporción de las víctimas demoran la revelación (Berliner y Conte, 1995; Goodman-Brown et al., 2003; Sas y Cunningham, 1995). Sas y Cunningham hicieron el seguimiento de más de 500 víctimas que enfrentaron un litigio en la corte penal referido al abuso sexual. Preguntaron a 135 niños acerca del proceso de revelación y el litigio penal y hallaron que el 40% de ellos no tenía idea de que el comportamiento era malo cuando fueron abusados por primera vez, lo que hacía menos probable que los niños revelasen. En el 50% de los casos, los niños dijeron que fueron advertidos por el abusador para no hablar. El 43% nunca consideró el hablar, y el 12% decidió conscientemente no hacerlo. El 44% de los niños que no hablaron fueron abusados nuevamente por la misma persona. Una tercera parte de los niños sabía que el abuso sexual era malo y hablaron pronto luego del primer incidente, según el estudio de San y Cunningham.

Berliner y Conte (1995) hicieron un seguimiento con 82 niños y sus familias durante un promedio de tres años y medio después de que se denunció el abuso, recolectando información tanto de los niños como de sus cuidadores. Berliner y Conte señalaron que en el estudio solamente el 43% de los niños contó primero a sus padres, y citaron declaraciones de los niños de entrevistas de reabuso (reabused interviews) referidas a la dificultad de la revelación.

Goodman-Brown et al. (2003) llevaron a cabo un estudio de 218 casos derivados para el proceso penal en una sola jurisdicción a lo largo de un período de 2 años (-60% de todos esos casos). En este estudio, el 58% de los niños no reveló el abuso dentro de las 48 horas de producido. Los predictores de la demora en la revelación fueron: ser más grande, ser una víctima de incesto, sentir responsabilidad por el abuso, y temor a las consecuencias de hablar.

Retractación

Basados en el conocimiento actual, la retractación de una acusación de abuso sexual verdadera no puede ser fácilmente diferenciada de una retractación de una acusación falsa (Faller, 2003). No obstante, la investigación apoya la conclusión de que una minoría sustancial de niños se retractan del abuso después de haberlo admitido inicialmente (Elliott y Briere, 1994; Lyon, 2002; Malloy, Lyon, Wuas y Forman, 2005; T. Sorenson y Snow, 1991). Del mismo modo, cuando los niños hacen inicialmente una revelación de victimización sexual a alguien que conocen y en quien confían, pero no la hacen cuando son entrevistados formalmente, esta no revelación es atribuida con frecuencia a preguntas focalizadas o conclusiones prematuras del abuso por parte de la persona en quien confió. Una interpretación alternativa de esta no revelación es que ésta representa la retractación a medida que el niño comienza a experimentar las consecuencias de la revelación del abuso (DeVoe y Faller, 1999; Keary y Fitzpatrick, 1994).

Uno de los primeros estudios que se hicieron para examinar el tema de la retractación fue el de Jones y McGraw (1987), que examinaron 576 casos reportados a los servicios de protección infantil del condado de Denver en 1983. La revisión de estos casos por los investigadores dio como resultado la categorización de 309 casos o el 53% como "sustanciados". De estos, el 9% ($n=52$) incluyeron retractaciones. Dado que con frecuencia después de la sustanciación se da la retractación, Jones y McGraw consideraron subestimado en su estudio el grado de retractación.

Como se señaló antes, T. Sorenson y Snow (1991) reportaron un grado de retractación del 22%. Bradley y Wood (1996) desafiaron indirectamente los hallazgos de Sorenson y Snow utilizando una muestra de casos sustanciados de protección infantil. El 72% de la muestra de Bradley y Wood había hecho una revelación previa, y la mayoría fue entrevistada una vez. Bradley y Wood informan que en su estudio solamente el 6% de los niños negaron inicialmente el abuso sexual cuando fueron entrevistados, y solamente el 4% se retractó. Sin embargo, como señalan Jones y McGraw (1987), y como sugieren los estudios de T. Sorenson y Snow (1991) y Malloy et al. (2005) (descriptos más abajo), una sola entrevista es insuficiente para el examen de la retractación, que es probable que ocurra a lo largo del tiempo.

Malloy et al. (2005) describieron los resultados de un estudio de revisión de registro de casos del proceso de revelación en 217 niños (257 casos), seleccionados al azar de los casos de abuso sexual sustanciados en la Dependency Court de Los Angeles (1999-2000). El 90% de los niños eran niñas con una edad promedio de 10.4 años. Se reportó penetración sexual en la mitad de los casos. Cerca del 70% de los niños reportaron haber sido abusados por un padre o padrastro. En promedio, estos niños fueron entrevistados doce veces. Los investigadores rastrearon el proceso de revelación a lo largo de estas entrevistas. El 78% lo reveló a alguien antes de ser entrevistado por primera vez por los servicios de protección infantil o de justicia. El 90% inicialmente negó en la entrevista ordenada, y el 73% expresó rechazo a hablar sobre el abuso, pero el 98% lo reveló en al menos una entrevista; el 23% se retractó absolutamente, y el 11% se retractó parcialmente. Los predictores de una retractación absoluta fueron: víctimas de edades más bajas, una relación más estrecha con el perpetrador varón, y falta de apoyo materno. El predictor de una retractación parcial (minimización del abuso) fue abuso sexual más severo. Factores no asociados con la retractación fueron evidencia médica, confesión del perpetrador, una historia previa de ofensas del perpetrador y batalla por la tenencia.

Gordon y Jaudes (1996) condujeron un estudio de revisión de gráficos de 141 niños que fueron examinados en el departamento de emergencias por abuso sexual de un hospital. Aunque 103 revelaron el abuso sexual en el departamento de emergencias, 17 se retractaron durante su entrevista investigativa, incluyendo varios niños con ETS.

Elliott y Briere (1994) se enfocaron sobre la retractación en los casos con evidencia externa de abuso sexual. En su muestra de 336 niños, dieciocho niños con evidencia externa se retractaron. Hubieron retractadores adicionales, pero éstos no tenían evidencia externa o no brindaron una revelación inicial creíble. La retractación estuvo asociada con la falta de apoyo del cuidador.

TECNICAS DE PRACTICA UTILIZADAS CON NIÑOS QUE SE MUESTRAN REACIOS A REVELAR

Hay poca investigación directa sobre facilitación de la revelación en niños reacios a revelar experiencias traumáticas. Las excepciones son la investigación de Carnes y sus colegas sobre la evaluación extendida descrita en el capítulo 5 (Carnes y De Luc, 1998; Carnes, Nelson-Gardell, Wilson y Orgassa, 2001; Carnes, Wilson, y Nelson-Gardell, 1999, 2000) y un estudio de Hershkowitz et al. (2006). La mayor parte de las recomendaciones sobre técnicas de práctica se derivan de los practicantes.

Investigación de campo

La investigación de Carnes y sus colegas apoya el llevar a cabo varias entrevistas con los niños que no revelan en una entrevista inicial. Basada en sus tres estudios de niños que se presentan en los centros de protección infantil, una evaluación extendida en seis sesiones hará posible la revelación en alrededor de la mitad de los niños que no describen inicialmente abuso sexual. Además, cerca de la cuarta parte de tales casos estarán determinados a no incluir abuso sexual (Carnes y LeDuc, 1998; Carnes et al., 1999, 2000, 2001). Sin embargo, los profesionales deberían tener en cuenta que la mayoría de los niños que son entrevistados en los centros de protección habrán hecho una revelación previa.

Hershkowitz et al. (2006) examinó entrevistas conducidas por investigadores de la juventud israelíes que siguieron el protocolo del National Institute of Child Health and Human Development (*Instituto Nacional de Salud Infantil y Desarrollo Humano*) (Sternberg, Lamb, Esplin, y Baradaran, 1999). Ellos combinaron 50 entrevistas de niños de entre 4 y 13 años que no revelaron – en los que había una certeza razonable de que habían sido abusados – con 50 entrevistas de niños que habían revelado el abuso. Desde el comienzo de la entrevista, los que no revelaron fueron de algún modo no cooperativos, proporcionaron una menor cantidad de detalles, y dieron más respuestas no informativas que los que revelaron. Tal vez debido a estas conductas, en los momentos de la entrevista relacionados al abuso, los entrevistadores usaron menos disparadores de recuerdo libre e hicieron menos comentarios de apoyo con los niños que no revelaron. Hershkowitz y colegas recomiendan disponer una mayor cantidad de tiempo dedicado a la

construcción del rapport cuando los niños no son cooperativos, y llevar a cabo más de una entrevista. Ver también Olafsaon y Lederman (2006), quienes documentan la necesidad de ayudar a los niños que no revelan.

Consejo práctico

Los practicantes sugieren cuatro estrategias generales para asistir a los niños que son reticentes para revelar: (1) estrategias de pre entrevista, (2) utilizar el razonamiento, (3) normalizar la revelación, y (4) disminuir el estrés relacionado a la revelación. Todas estas estrategias excepto la primera requieren que el entrevistador tenga razones para creer que el niño ha sido sexualmente abusado. Esta creencia puede derivar de algo que el niño ha dicho (ej., “no quiero decir lo que él hizo”) o hecho (ej. chupar el pene de un par), de hallazgos físicos, o de informes de testigos o de otras víctimas.

Las estrategias de pre entrevista que aconsejan algunos profesionales incluyen que el cuidador del niño lo prepare de antemano para el proceso de entrevista, explicándole el propósito de la misma (Eagleson, 2002). Aunque los entrevistadores puedan estar preocupados de que los cuidadores influyan o contaminen la información del niño, es razonable esperar que el cuidador algo dirá para preparar el niño. Probablemente es mejor para el entrevistador guionar esta preparación que apoyarse en el cuidador.

Otra estrategia de pre entrevista es hacer que el cuidador autorice al niño a hablar libremente durante la entrevista o contarle específicamente al entrevistador lo que sucedió (Eagleson, 2002). De nuevo, algunos profesionales pueden estar preocupados de que la referencia específica al abuso pueda contaminar el relato del niño. Que esta estrategia sea aconsejable dependerá de las particularidades del caso.

Durante la entrevista, cuando los niños indican que ha habido abuso pero se muestran reticentes para hablar, pueden ser útiles las estrategias de razonamiento. Estas se aconsejan para los niños más grandes, es decir, niños que pueden comprender el razonamiento. Los niños pueden temer revelar porque están preocupados por las consecuencias de la revelación, y algunas veces el entrevistador puede aliviar ese temor. Por otra parte, los entrevistadores deberían cuidarse de la trampa de decirles a los niños que si ellos cuentan ‘todo estará bien’ , porque probablemente después de la revelación la vida del niño será caótica y estresante por un tiempo.

Una segunda estrategia de razonamiento incluye motivar a los niños para revelar a fin de hacer que algo suceda. Por ejemplo, hacer que el abuso se detenga, proteger a los hermanos o niños más pequeños, y hacer que el ofensor sea haga responsable. Deberá tenerse cuidado de que estas estrategias de razonamiento no sean utilizadas coercitivamente.

Las estrategias de normalización están relacionadas de algún modo a las estrategias de razonamiento e incluyen normalizar el abuso (“lo que te pasó les pasa a muchos niños”), y normalizar el proceso de entrevista. El entrevistador puede decir, “Hablo con muchos chicos sobre cosas como ésta. Es mi trabajo.” Las estrategias de razonamiento son apropiadas solamente si el entrevistador tiene una buena razón para sospechar que el niño ha sido sexualmente abusado.

Con relación a este enfoque, muchos entrevistadores intentan establecer las expectativas de revelación durante la parte de la entrevista de construcción del rapport, en lugar de esperar hasta ver si encuentran resistencia a la revelación (Eagleson, 2002). El entrevistador puede afirmar que “Este es un lugar en el que los niños pueden hablar de sus problemas” o emplear las reglas de entrevista tales como “Voy a hacerte muchas preguntas. Si sabes la respuesta, me la das, pero si no lo sabes, me dices ‘no lo sé’” (Faller, 2003).

Finalmente, hay técnicas que los entrevistadores pueden usar en la recolección de información sobre el abuso, cuando los niños son reticentes a revelarlo, para reducir la incomodidad del niño mientras relata la victimización. Estas incluyen el cambio a otros medios y recolectar, primero, información sobre contexto del abuso.

Respecto de la primera técnica, los niños pueden ser autorizados a ir del relato del abuso a demostrarlo con muñecos, mostrarlo sobre un dibujo anatómico, haciendo un dibujo o escribiendo las respuestas a las preguntas del entrevistador. El profesional puede decir, “Parece difícil hablar de lo que sucedió. Tal vez quieras mostrármelo con muñecos.” Aunque esta técnica es referida como un cambio hacia otro medio, por lo común el niño también está diciendo al menos algunas palabras, lo que da como resultado una combinación de comunicación verbal con algunos otros medios. Los niños pueden rechazar el hablar porque toman literalmente la advertencia del ofensor de no hablar, pero con frecuencia no aplican la advertencia a otros medios de comunicación. Esta interpretación de la advertencia es más característica en niños pequeños. Algunos niños se benefician al dárseles la posibilidad de elegir el medio para comunicar. El entrevistador puede decir, “¿Te sería más fácil mostrarme con estas muñecas o tal vez puedas hacer un dibujo?”

La segunda técnica sugerida, recolectar primero información sobre el contexto, puede ser útil porque describir el contexto puede ser menos estresante que hablar directamente sobre los actos abusivos. La información de contexto incluye cuándo sucedió el abuso, dónde, qué otras personas estaban, qué ropa estaban usando el niño y el ofensor, qué ropa fue quitada, si el ofensor dijo algo al niño, y si lo hizo, qué dijo. Una vez reunidas estas piezas de información, el entrevistador puede decir, “Ahora sé (repite la información que el niño ha revelado). Pero todavía no estoy exactamente seguro de lo que él hizo “ (Faller, 1988^a). Algunas veces los entrevistadores combinan esta técnica con el cambio a otro medio, pidiéndole al niño que haga un dibujo del lugar donde ocurrió el abuso (ver capítulo 9).

Ninguna de las estrategias generadas por los practicantes para asistir a los niños que no revelan ha sido evaluada en términos de su efectividad. Y, como se señaló antes, todas las estrategias excepto la primera requieren que el entrevistador tenga alguna información que indique que el niño ha sido sexualmente abusado.

SUMARIO Y CONCLUSIONES

La conclusión de que hay un gran número de negativas valsas o no revelaciones en los casos de abuso sexual, está sostenida por una revisión de la investigación sobre las historias de adultos que han sido abusados cuando niños, y por los estudios equivalentes que incluyen tocamiento de partes privadas y advertencias de secreto. Esta conclusión está sostenida por la investigación sobre los archivos de casos y los estudios de seguimiento. Son especialmente preocupantes los casos de niños abusados por alguien cercano a ellos y los casos en los que los cuidadores de los niños no son protectores; estos casos parecen derivar en un elevado número de no revelaciones. Dado que los estudios de denuncias de abuso sexual incluyen solamente casos que ha llegado a la atención profesional, los hallazgos referidos a las no revelaciones probablemente representen una sub identificación del problema de los niños que no cuentan.

Además, hay apoyo empírico para la el síndrome de acomodación del abuso sexual infantil (Summit, 1983). Esta investigación indica que, para muchos niños, la revelación es un proceso, que puede incluir una negación inicial del abuso y una posterior retractación.

En contraste con la información sobre el problema de la no revelación, hay una falta de asesoramiento basado en la experiencia acerca de lo que los entrevistadores deberían hacer sobre la no revelación. La investigación de campo de Carnes y colegas (Carnes y LeDuc, 1998; Carnes et al, 1999, 2000, 2001) proporciona soporte para las evaluaciones extendidas de niños que tienen evidencia de abuso sexual pero que inicialmente no lo revelan. Del mismo modo, el análisis de entrevista llevado a cabo por Hershkowitz et al., (2006) da dos sugerencias. Cuando los niños no responden durante los estadios iniciales de la entrevista, el entrevistador debería alargar la construcción del rapport y, en tales casos, considerar más de una entrevista investigativa.

El asesoramiento adicional proviene de la experiencia práctica (ej., Eagleson, 2002; Faller, 2003). Este asesoramiento incluye asegurarse de que el niño esté preparado y tenga expectativas apropiadas para la entrevista, e instruir al cuidador para que autorice al niño a hablar libremente. Además, cuando los niños más grandes indican claramente que han sido abusados pero declinan

hablar sobre ello, los entrevistadores pueden emplear el razonamiento o tratar de normalizar la revelación. Finalmente, las estrategias basadas en la práctica para hacer que la revelación sea menos estresante incluyen la recolección de información contextual antes de preguntar sobre lo específico del abuso y el permitir que el niño pueda comunicar a través de otros medios y no sólo con palabras.